

do que, si no se respondia directamente á los mismos soberanos, sino á sus ministros, era porque uno de los dos emperadores no estaba reconocido por la Inglaterra, aquellos se encontraron en la mas grande confusion. Tomar sobre sí el compromiso de esplicarse afirmativa ó negativamente sobre la condicion esencial, esto es, sobre la admission de los insurgentes, les parecia muy arriesgado, aun cuando se autorizasen con el consejo de monsieur de Talleyrand. Decidieronse, pues, recurrir á Napoleon, y entretanto procedieron con Mr. Canning, como habia procedido él mismo, mandándole una mera acusacion de recibo, y remitiendo para despues la respuesta á su mensaje.

Mr. de Romanzoff, cuya impaciencia por conducir á su término las negociaciones con Lóndres á fin de poder apropiarse mas pronto las provincias del Danubio, era ya tan grande desde un principio, al presente, que se hallaba en París, y públicamente empeñado en una tentativa de paz con la Inglaterra, tenia interesado además su amor propio en conseguir un buen resultado, y en este concepto trabajaba con un celo tanto mas recomendable, cuanto que por la convencion de Erfurt se habia estipulado, que de todas maneras serian adjudicadas á la Rusia, la Finlandia, la Moldavia y la Valaquia. Su opinion, así como la de Mr. de Talleyrand y de Champagny, respecto al mensaje inglés, era, que la peticion relativa á que todos los aliados de la Inglaterra, incluso los insurgentes de España, se hallasen presentes á las negociaciones, no ofrecia en su forma nada de tan absoluto, que fuese imposible el que llegaran á entenderse. Bajo este supuesto los tres convinieron en

escribir al emperador, á fin de suplicarle que dejase en su respuesta campo libre para continuar tratando sobre la paz, y para que se pudiese llegar á una reunion de plenipotenciarios.

Napoleon hallábase por entonces sobre el Ebro, entregado enteramente á la guerra y á la esperanza de derrotar á los españoles y los ingleses, y en esta atencion, al propio tiempo que dejandose llevar de las nuevas impresiones que le dominaban, daba mucha menos importancia que en un principio á la prosecucion de las negociaciones con la Inglaterra. El mensaje de Mr. de Canning, por otra parte, no le permitia tampoco formarse ilusiones acerca de este asunto, y persuadido de que, solo causando un fuerte descalabro al ejército inglés, podria atenuar la obstinacion del gabinete de Lóndres, hallábase mas dispuesto á abandonar á otros el manejo de las negociaciones: por lo cual dió permiso á los tres diplomáticos residentes en París, para que obrasen segun su leal saber y entender, con tal de que exigiesen que los insurgentes fuesen formalmente excluidos de la negociacion. A este fin, mandóles una minuta de la respuesta, autorizando á Mrs. de Champagny, de Romanzoff y de Talleyrand, para que hiciesen en ella las modificaciones que les acomodase, de cuyo permiso usaron estos, teniendo buen cuidado de reformarla de una manera notable.

En este nuevo mensaje, de cuya conduccion á Lóndres fueron encargados los mismos correos, se rechazaban algunas alusiones ofensivas que contenia el mensaje inglés, y se admitia sin dificultad en las negociaciones á todos los aliados de la Inglaterra, esceptuando los insurgentes españoles.

de quienes se decía que no eran mas que unos revoltosos, que no podian representar á Fernando VII, mediante á que este se hallaba en Valenzay, desde donde reprobaba altamente la conducta de ellos, y confirmaba la abdicacion de la corona de España.

En virtud de esta segunda nota, y temiendo el gabinete británico que los rumores sobre la paz desanimasen á sus nuevos aliados, así de la España como del Austria, que entibiasen el fanatismo de los unos, y que disminuyesen la actividad de los preparativos militares de los otros, resolvió romper de una manera brusca unas negociaciones, que no le parecian ni formales ni convenientes. Teniendo en sus manos documentos para probar que la Francia no queria hacer concesion alguna á los insurgentes españoles, los cuales gozaban en Inglaterra de una inmensa popularidad, ningun temor abrigaba tampoco por parte del parlamento, fijando de este modo la cuestion. En su consecuencia, hizo una declaracion perentoria, tan ofensiva para la Rusia como para la Francia, en la cual se decía, que no habia paz posible con dos córtes, una de las cuales destronaba y retenia prisioneros á los reyes mas legítimos, al paso que la otra consentia en que los tratasen indignamente por motivos interesados: que á mayor abundamiento, las proposiciones pacíficas dirigidas á la Inglaterra eran ilusorias, y encaminadas tan solo á desanimar á los pueblos guerreros que habian sacudido ya el yugo opresor de la Francia, y á los que se preparaban para hacer otro tanto: que las comunicaciones, por tanto, debian considerarse como definitivamente interrumpidas, y que la guerra, de consiguiente, iba á continuar

con toda la energía prescrita por las circunstancias.

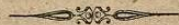
Era, pues, evidente, que la Inglaterra, la cual contaba entonces con la renovacion próxima de la lucha, habia temido que prosiguiendo las negociaciones, se entibiasen los españoles y los austriacos. Mr. de Talleyrand experimentó con este motivo el desagrado ordinario y honroso, que experimentaba siempre que fracasaba una tentativa de paz. Mr. de Romanzoff se picó extraordinariamente de las alusiones ofensivas para su córte, y sintió en el alma que el éxito no hubiese correspondido á lo que se habia propuesto conseguir: consolóse, empero, con la libertad que le quedaba de poder obrar sin demora sobre el Oriente. Mr. de Champagny, adicto en extremo al emperador, á sus ideas, y á su fortuna, no vió en la negativa de la Gran Bretaña otra cosa que nuevas guerras triunfales para su amo, al cual creia invencible. El público, en fin, que escasamente habia tenido conocimiento de las negociaciones, apenas hizo alto en este incidente, y prosiguió aguardando con avidez el resultado decisivo de la presencia de Napoleon en España.

El Austria, por su parte, no habia respondido tampoco á las declaraciones de la Rusia y de la Francia de una manera mas satisfactoria que la Inglaterra. Protestando de sus sinceras intenciones de conservar la paz, y haciendo, efectivamente, con menos estruendo sus preparativos, si bien no los interrumpió del todo, acogia, no obstante, con amargura la proposicion de los dos emperadores relativa al reconocimiento del rey José, y declaró, que cuando la hiciese sabedora de lo que habia pasado en Erfurt, entonces se esplicaría respecto á la nueva monarquia constituida en España, aña-

diendo, que le era indispensable el conocimiento de los pactos entre el emperador de Rusia y Napoleón, para aclarar y fijar sus resoluciones. Tanto por la forma como por el fondo de esta declaración se descubría de una manera estensible la irritación profunda de que se hallaba llena el Austria. Era, pues, evidente, que Napoleón tendría tiempo bastante para hacer una campaña en la Península; pero una tan sola. De su genio y de la bizarría de sus tropas era de esperar, sin embargo, que aquella sería decisiva. El público, habituado á la guerra, y habituado sobre todo bajo los auspicios de aquel señor omnipotente, á dormirse al estruendo del cañón, cuyos lejanos ecos no le presagiaban mas que victorias, proseguía tranquilo y confiado, á pesar de lo mucho de triste y de siniestro que tenía aquella guerra emprendida al otro lado de los Pirineos contra el fanatismo de una nación entera. El brillante y ruidoso espectáculo dado en Erfurt, fascinaba todavía la vista de las gentes, y les ocultaba los peligros demasiado reales de la situación.



## LIBRO TREINTA Y TRES.



### Somosierra.

Llegada de Napoleón á Bayona.—Inobservancia de algunas de sus órdenes.—Medios de que se vale para suplir esta falta.—Partida del mismo para Vitoria.—Ardor que manifiestan los españoles en sostener una guerra comenzada con éxito.—Proyecto de armar quinientos mil hombres.—Rivalidad de las juntas provinciales, y creacion de una junta central en Aranjuez.—Dirección de las operaciones militares.—Plan de campaña.—Distribucion de las fuerzas de los insurgentes en ejércitos de la izquierda, del centro, y de la derecha.—Encuentro prematuro del cuerpo de ejército del mariscal Lefebvre con el ejército del general Blake, delante de Durango.—Combate de Zornoza.—Derrota de los españoles.—Llega Napoleón á Vitoria, rectifica las posiciones de sus tropas, forma el proyecto de dejarse atacar por los dos flancos, y de marchar en seguida sobre Burgos para caer sobre Blake y Castaños, cogiéndolos por retaguardia.—Ejecucion de este proyecto.—Marcha del segundo cuerpo de ejército, al mando del mariscal Soult, sobre Burgos.—Accion de Burgos y toma de la ciudad.—Los mariscales Victor y Lefebvre, destinados á oponerse al general Blake, lo persiguen con acerrima tenacidad.—Alcázale Victor en Espinosa y dispersa á los insurgentes.—Movimiento del tercer cuerpo de ejército, al mando del mariscal Lannes, sobre las tropas del general Castaños.—Mantobra sobre la retaguardia de estas, verificada enviando al mariscal Ney á través de las montañas de Soria.—Batalla de Tudela, y derrota de los ejércitos de la derecha y del centro.—Desembarazado Napoleón de las masas de la insurrección española, avanza sobre Madrid, sin ocuparse de los ingleses á quic-